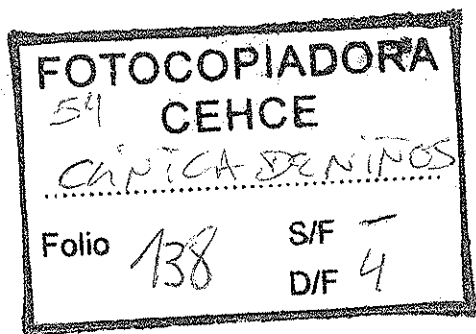


- (1915): "Lo inconciente". A. E., XIV.  
 —(1917): "Duelo y melancolía". A. E., XIV.  
 —(1920): *Más allá del principio de placer*. A. E., XVIII.  
 —(1923): *El yo y el ello*. A. E., XIX.  
 —(1932): *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (Conferencia XXXIII). A. E., XXII.  
 Fischbein, J.: (1986): "El pasaje al acto en el cuerpo". *Rev. de psicoanálisis*, XLIII, 5.  
 —(1995): "100 años de trabajo psicoanalítico. Creación de un campo de trabajo". Publicación del XXIII Congreso interno y XXXIII Symposium de la Asociación Psicoanalítica Argentina.  
 —(1996): "Cuerpo y acontecimiento somático. Prehistoria y potencialidad repetitiva actual". *Rev. de psicoanálisis*, Número Especial Internacional, 4.  
 —(1997a): "Consideraciones sobre cambios en el encuadre". Symposium de la Asociación Psicoanalítica Argentina. En colaboración con el Doctor Jaime Schust.  
 —(1997b): "Entre el vacío y la impulsión: El aburrimiento". Symposium de la Asociación Psicoanalítica Argentina. En colaboración con Susana Vinocur de Fischbein.  
 —(1998): "El objeto en el narcisismo". Primer Encuentro APA-SPI. En colaboración con Susana Vinocur de Fischbein.  
 Isaacs, S. (1936): "Naturaleza y función de la fantasía". En *Desarrollos en psicoanálisis*, Hormé, Buenos Aires, 1962.  
 Laplanche, J. y Pontalis, J.-B. (1971): *Diccionario de psicoanálisis*. Labor, Barcelona.  
 Marty, P. (1992): *La psicósomática del adulto*. Amorrortu, Buenos Aires.  
 Marty, P. y Fain, M. (1964): "Perspectivas psicósomáticas sobre la función de las fantasías". En Martha T. de Calatroni (comp.): *Pierre Marty y las psicósomáticas*. Amorrortu, Buenos Aires, 1998.  
 Sibony, D. (1990): *Perversiones. Diálogos sobre locuras "actuales"*. Siglo XXI, México.



## \* Los tatuajes como marcas

Ruptura de los lazos sociales y su incidencia en la construcción de la subjetividad individual y social

**\*\*María Lucila Pelento**

*"Lo mejor de nuestra piel es que no nos deja huir."*

Los Redonditos de Ricota

*"Lo más profundo es la piel."*

G. Deleuze

*"Hay más razón en tu cuerpo que en tu mejor sabiduría."*

F. Nietzsche

### Introducción

El pintor Alfredo Portillo, en el año 1995, abrió su exposición con el título "¿Quién me dirá quién eres y quién fuiste?", que alguno de sus críticos tradujo por "¿Quién soy y quién he sido?". El día de su inauguración, su hijo se ofreció para realizar tatuajes a las personas presentes que lo desearan.

En el cierre de ese encuentro nació la idea de Portillo de hacer tatuar su cuerpo con el diseño de cuadros creados con ese objetivo por tres conocidos pintores. Entre ellos, por Luis Felipe Noé. Se midió la superficie de su piel para conocer el tamaño que deberían tener los cuadros y su modo de distribución. Se calculó que la tarea podría durar unos dos años y podría terminarse aun después de la muerte

\*Este trabajo fue leído en Ginebra en 1997, en un encuentro dedicado a Hanna Arendt, con el título de "El derecho a tener derechos".

\*\* Dirección: Billinghamurst 1599, 11º, (1425) Ciudad de Buenos Aires, R. Argentina.

del artista. Al fallecer éste y por su expreso deseo (certificado legalmente) será despellejado para que cada uno de los cuadros tatuados en su piel puedan ser recortados y rematados junto con los cuadros originales. Los fondos se destinarán a UNICEF y a la lucha contra el sida, cumpliéndose así su voluntad.

Esta particular operación de donación de piel pone en acto ideas del artista referidas a una circulación de energías entre las creaciones de tres pintores, las manos y la práctica del tatuador, la piel tatuada del artista y el cuerpo de un sector de la población. Otra lógica diferente asoma en el ritual mutilatorio *post mortem*. Lógica sacrificial, presente en las religiones (aunque no sólo en éstas), con su acento puesto en el re-ligar.

Ésta, a su vez, se enlaza luego con las reglas racionales de nuestro mundo capitalista. Lógica que en este peculiar proyecto no es un fin en sí mismo sino un medio para que "la obra entre en la trama social mejorando las condiciones de vida de una parte de la población" (Sánchez, 1995).

Éste es un ejemplo paradigmático de la multiplicidad de fuerzas contrastantes y tensionantes que se dan cita en la época actual y en el contexto social de la Argentina. Pero estas fuerzas no siempre conducen al resultado propuesto dentro del dominio del arte por Portillo. Por lo general someten a los sujetos a experiencias de discontinuidad, fragmentación y masificación.

La discontinuidad producida entre pasado, presente y futuro modifica la construcción del tiempo: el pasado ya no parece una fuerza a descubrir ni el futuro un camino hacia el cual marchar. Como el personaje de la novela titulada *Vineland*, de Pynchon (1990), "Cada vez conocemos más personas que no tienen ningún problema con el pasado. Ni siquiera recuerdan gran parte de él". Esta pérdida de un modo de pensamiento —como llamó Arendt a la rememoración— se agudizó en la Argentina cuando la impunidad decretada desde el gobierno impuso su manto de sombras sobre los hechos producidos durante la dictadura militar. Situación que evidenció "la impotencia de la memoria que se produce cuando se deja afuera una trama establecida de referencia" (Arendt, 1995 [1953]).

La fragmentación que las nuevas técnicas introducen en los medios de comunicación establece al mismo tiempo un control muy estricto sobre la percepción, cambiando su modalidad y desarticulando el pensamiento y el discurso.

La maquinaria social promueve y responde a demandas de novedad, las que ejercen violencia en todas las tareas humanas. Así, lo nuevo y singular producido en el campo intelectual —entre otros— es fagocitado rápidamente por la sociedad de consumo. Aun las palabras usadas para combatir la corrupción, el consumismo de algunos grupos y la creación de una nueva franja social —la de los expulsados—

pierde su cualidad de discurso, transformándose en cliché (Arendt, 1995 [1953]).

Podemos realizar una operación de renegación de estas experiencias o dejarnos fascinar por ellas o caer —como señaló Marcelo Viñar— en un catastrofismo estéril (Viñar, 1996).

O, por el contrario, podemos percibir estas experiencias como terreños problemáticos que merecen ser pensados, ya que permiten iluminar algunos fenómenos que se dan en la actualidad.

### Diseminación del fenómeno tatuaje en el mundo actual

Si comencé mi exposición mencionando el proyecto de Portillo es porque éste incluye la práctica del tatuaje. Práctica que, como sabemos, produce una alteración en la piel. (No es casual que en el campo artístico se hayan expuesto casi en la misma época instalaciones con sugestivos títulos y contenidos en torno a la temática de la piel.)

Este interés por la piel, sus funciones y sus alteraciones deseadas o impuestas, presente tanto en el campo del arte como en nuestra disciplina (recordemos las investigaciones de Bick, publicadas en 1968, y los iluminadores estudios de Anzieu, de 1974, 1984 y 1985), coincidió con el que despertó en mí el seguimiento de determinados materiales clínicos en los que el fenómeno tatuaje estaba incluido.

Dejaré de lado dos tipos de interrogantes a pesar de la atracción que pueden suscitar. Me refiero a las preguntas por el "ser" de los tatuajes y a sus "cambiantes significados" a través de los siglos. Preguntas que se suelen abordar en plural —qué son y qué significan— por antropólogos y filósofos siguiendo las huellas de Lévi-Strauss (Lévi-Strauss, 1995).

Mi atención se centrará exclusivamente en dos tópicos: el significado singular que puede tener un tatuaje (o el deseo de hacerse realizar un tatuaje) en un determinado paciente y el contexto en que éste tuvo lugar.

Sin embargo, estableceré una mínima definición de lo que entiendo por el término "tatuaje", así como también trataré de presentar algunas ideas que extraje de la clínica para poder comprender la diseminación de esta práctica en la época actual. Como sabemos, se trata de una intervención sobre algo natural, "la piel", con el objeto de dejar en ella una alteración de carácter irreversible o difícilmente reversible. Se trata, en el sentido amplio derrideano, de una escritura: de una inscripción que tiene como soporte el cuerpo pero que, a diferencia de otras señales que también buscan su soporte en él (pinturas, vestimenta, peinados), tiene por el momento un carácter difícilmente reversible. Como toda señal, "puede soportar en su

materialidad un significado inmaterial", transmitiendo en ocasiones un mensaje a descifrar (Figoli, 1996).

La relación del sujeto portador de la inscripción con la inscripción tiene importancia. Implica transmitir la idea de que no se quiere regresar de la posición que se asume o que no se le permite al otro regresar de la posición en la que se lo ha colocado al imponerle un determinado tatuaje. (Por supuesto que la situación se complejiza enormemente en este último caso. O cuando el analizando siente que se lo hizo "porque sí", arropiéndose casi inmediatamente.) Este tipo de relación supone una condensación entre el ser y el estar, a diferencia de la existente entre la máscara y el actor, en el que la diferencia mencionada se mantiene.

La segunda cuestión que deseo puntualizar —como señalé anteriormente— gira en torno a una observación que es de dominio público: la dispersión y extensión del fenómeno "tatuaje", su presencia en distintas edades, sexos, organizaciones individuales y grupales.

Viendo la cantidad de fenómenos y de prácticas que junto con los tatuajes tienen lugar en la piel —me refiero al *lifting*, al *piercing-body*, etcétera—, una pregunta que se me impuso es por qué en la actualidad tantos fenómenos diferentes se disputan la piel, como los políticos las paredes. ¿Por qué es un punto privilegiado de inscripción de prácticas tan diferentes? ¿Qué estatuto particular tiene la piel en la época actual para que diversas estrategias, lógicas y significaciones busquen el mismo lugar de inscripción?

El material clínico me permitió llegar a algunas respuestas tentativas que deseo compartir: en primer lugar, un diferente modo de institución del tiempo, que Ignacio Lewkowicz (1996) denomina tiempo "alterado", tiempo de sustituciones permanentes configurado en torno al instante (tiempo que deja atrás el tiempo lineal de la Época Moderna), parece impulsar la necesidad de llevar inscriptas en la piel marcas duraderas, señales no descartables. Con frecuencia, cuando un sujeto se arrepiente de haberse hecho realizar un tatuaje, uno de sus motivos de angustia se desarrolla alrededor del tiempo. Tener como incrustado en el cuerpo un tiempo quieto o sentirse atado a un pasado del cual reniega.

También pude advertir que el individualismo extremo hace que, cada vez más, los límites sean los del propio cuerpo, transformándose el tatuaje en un modo de posesión de éste. Tener algo de lo que nadie lo o la pueda despojar. Por supuesto que esta necesidad de marcar la alteridad tiene su razón de ser en la cultura actual. Si se desconfia de la eficacia de lo simbólico, si se supone que las palabras se las lleva el viento y las imágenes mentales se evaporan a gran velocidad, se puede comprender que se deseen marcas duraderas.

A esto se suma el hecho de que autores que toman una posición crítica pero seria y estudiosa con respecto a los sorprendentes cambios tecnológicos producidos en los últimos decenios —como Paul

Virilio— sustentan que éstos tienen una enorme incidencia sobre la concepción del cuerpo. Éste va dejando de tener un lugar protagónico para transformarse en un subsistema de otro sistema que lo englobaría (Virilio, 1996).

Y esto ocurre porque la ciencia parece haber cambiado de rumbo. No trabaja con la idea de constatación de lo real ni de ajuste a la verdad sino con la noción heredada de Leibniz de mundos posibles, como motor de exploración (Serres, 1995).

En este estado de cosas, el cuerpo mismo se volvió lugar de exploración y de sustitución. Todo puede ser alterado: se pueden introducir órganos, miembros y facultades extras —como la memoria de otros—, perdiéndose el cuerpo como garantía de lo humano. (Robocop, ese personaje de la televisión con destellos de recuerdos humanos, podría llegar a ser un paradigma del hombre del siglo que viene.)

No podemos saber en qué medida estas predicciones resultarán válidas ni qué efectos provocarán en el psiquismo. Sin embargo, tenemos indicios para pensar que entre los múltiples factores que favorecen el marcado individualismo actual tienen un lugar los avances tecnológicos, impulsando como antídoto la búsqueda de aquello que sirva para asegurar los propios límites.

En este sentido, la proliferación de la práctica del tatuaje indicaría la necesidad de reforzar los bordes del cuerpo frente a su temida disolución. Una jovencita de 16 años lo explicaba así:

"Ayer vi una película terrible, aparecía un personaje al que le introducían en el cerebro células del cerebro de otra persona, entonces le traspasaban recuerdos de esa otra persona, perdiendo los propios. Mi hermano me decía que eso no puede ser, que es pura película, ciencia ficción. Pero yo pienso que no, que podría llegar a ser cierto. ¿Acaso en algunos países, para investigar, no se buscan personas a las que se les da un remedio para ver si funciona? ¿No se ponen órganos de otra persona o piezas eléctricas para hacer caminar? Cambiando de tema, ayer volví a discutir con mis padres porque al final mi cuerpo es mío. ¿Qué tienen contra los tatuajes? Es mi cuerpo... Tengo derecho".

En cambio, en otros sujetos el tatuaje que se han hecho realizar o que desean poseer responde a la necesidad de mejorar su imagen, imagen que es la que la sociedad valoriza. Al instrumentarse una serie de discursos y prácticas para instituir a los sujetos como sujetos de la imagen, se produce otro orden de problemas (Corea, 1996). ¿Por qué? Porque el sujeto instituido como sujeto de la conciencia se define por lo que piensa. Si, en cambio, un sujeto está instituido, como sujeto de la imagen, el sujeto "es" una imagen. Y si esto es así, una manera de ofrecerse a sí mismo un ser consistente estribará en buscar alguna marca o signo personal. En ocasiones no es nada sencillo

determinar en qué medida se trata de una inscripción individual propia de una sociedad totalmente atomizada o de una verdadera creación singular. Y no es simple porque, aun cuando el sujeto cree que su tatuaje es totalmente personal, el impacto del espacio transubjetivo ejerce violencia, descubriéndose con frecuencia durante el análisis su carácter alienado (Puget y cols., 1996).

Ahora bien, estas ideas que de modo manifiesto trajeron los mismos pacientes y las asociaciones por ellos mismos ofrecidas, me permitieron visualizar cómo un dominio antiguo —como el de los tatuajes— colonizó la piel, transformándola en un campo de batalla en el que actúan diferentes fuerzas, resultando algunas victoriosas, otras resistenciales y otras dando lugar a invenciones subjetivas. Y esto posibilita encontrarle un espesor distinto a un fenómeno que con cierta ligereza podemos calificar como marca de época.

En este sentido entiendo que todo tatuaje es un enigma o enmascara un enigma, y requiere un trabajo interpretativo. Por esta razón, en el proceso analítico tiene importancia poder dilucidar efecto de qué lógica o de qué lógicas resultó ser tal o cual tatuaje.

Si nació de fuerzas pulsionales desorganizadas y desorganizantes o si es el producto de un intento de semiotización o si fue propulsado por vínculos sociales alienantes o impuesto por una situación política genocida; o por un acto violatorio; o por algún pacto de naturaleza social o antisocial o sectario. También es necesario observar si permitió cierta simbolización o el despliegue de un acto singular creativo, ya sea individual o grupal. O si es el producto de una combinación de fuerzas que seguramente son específicas para cada sujeto.

Pero para poder descifrar esta operación es necesario deponer prejuicios. En mi caso particular, me ayudó reflexionar acerca de los cambios de soporte escritural de la que he sido y soy testigo. Cuando era jovencita, la escritura tenía como soporte principal las hojas de libros, cuadernos, diarios y cartas. Hojas en las que la escritura era una forma de subjetivación o una moneda de intercambio de encuentros intersubjetivos o una contraseña de pertenencia transubjetiva a cierto grupo cultural. Un cuarto de siglo después fueron las paredes, los muros o los panfletos políticos el soporte de la escritura. O los grandes carteles o pancartas con el contorno del rostro de las personas desaparecidas, como sucedió en la Argentina durante la dictadura militar. En la época actual, en la que el interés por lo político apenas si se sostiene, uno de esos soportes se encuentra en la piel...

### El tatuaje como enigma o como enmascaramiento de un enigma

¿Cómo me encontré pensando en un determinado tatuaje en mi ámbito profesional?

En el año 1983, un médico dermatólogo me derivó a un joven de 20 años que presentaba en su piel un tipo de patología de difícil diagnóstico. Desde hacía un tiempo habían aparecido ampollas en sus muñecas y sus tobillos. También se podía observar en su muñeca derecha una línea azul como borroneada. El dermatólogo suponía que sus ampollas podían ser provocadas por un virus. Pero le llamaba la atención su localización y persistencia. Y lo sorprendía mucho la desvaída línea azul en la muñeca. Con expresión de disgusto, este sagaz especialista agregó algunos términos que se fijaron en mi mente: "¡Qué quiere que le diga, doctora, él no vive en una tribu, no voy a pensar que es un tatuaje!...". Con la misma desesperanza irritada de su médico, Pablo llegó a mi consultorio. No existía en él una demanda clara de análisis, pero sus ampollas lo molestaban; por eso aceptó venir, esperando que algún "saber técnico" lo liberara de sus dificultades. En la primera entrevista me encontré con un joven que vestía formalmente, como si fuera un hombre mayor; su mirada era seria y observaba todo con cierto aire de arrogancia. Recuerdo que dudé acerca de si ofrecerle o no el diván en caso de aceptar analizarse, como temiendo que su uso pudiera solemnizarlo más, ocurriencia que me sorprendió tener. Escuetamente relató que sus padres se habían separado cuando él era chico, que su padre vivía en otro país, habiendo formado allí otra familia; él lo había visitado una vez pero había vuelto después de unos días porque no le gustaba vivir en el exterior (su laconismo me iba mostrando que ese exterior en el que yo también me encontraba era evidentemente rechazado por él). Vivía con su madre, tenía una hermana mayor que residía en provincia. Esperaba progresar en su trabajo para poder vivir solo. Estaba terminando su secundario en una escuela nocturna. Lo había abandonado por motivos familiares, decía, porque tenía que trabajar... No tenía novia ni interés en tenerla, pues quería dedicarse a su trabajo y a estudiar, aunque sí salía con chicas.

El clima gélido de esa entrevista —que recuerdo vivamente— impregnó el espacio de su análisis durante mucho tiempo. El silencio se palpaba. Y durante meses, de vez en cuando le hablaba del significado peligroso que parecían tener las palabras para él y de mi sensación de sentirlo muy lejos (incomunicación y lejanía que yo asociaba en mi mente a la que existía entre él y su padre o a la circulación de algo del orden de lo no dicho y de lo que no debe decirse, aunque no supiera a qué atribuirlo).

Poco a poco aparecieron en su discurso dos tipos de hombres: un tipo encabezado por su cuñado, del que nunca había hablado, a quien él aborrecía por haber sido militante, y otro formado por hombres que dirigían el centro clandestino de detención, al que había sido llevado con su madre y con su hermana "circunstancialmente", buscando datos (que él desconocía) sobre su cuñado. Fue ésta la primera vez que él mencionaba este hecho. Pensaba que "los militantes habían arruinado el país forzando al ejército y a la policía a tener que usar armas y tiempo para defenderlo". A su cuñado sólo le agradecía que por él hubiera conocido hombres que lo ayudaron a crecer, "a dejar de ser un nene de mamá". Reconoció con esfuerzo que "al principio fue un poco complicado, sobre todo durante los interrogatorios"; seguramente porque no sabían si él apoyaba o no a su cuñado, así como tampoco sabían que su hermana se había separado de él muchos años antes. Advertí que en ningún momento había hablado de éste denominándolo ex cuñado. Agregó que, como él tuvo "un buen comportamiento", se le suspendieron los interrogatorios, empezando a ser una especie de secretario de uno de los jefes. Como prueba de su estima, un día comenzó a realizarle un tatuaje en su muñeca, pero vino otro jefe y la realización del tatuaje tuvo que interrumpirse... Demás está decir que todo este proceso de análisis fue sumamente complejo, pero ese momento lo fue en particular.

Sin embargo, un lapsus dicho en un momento de explosión contra el uso del diván ayudó a poner los primeros mojonos para resignificar los acontecimientos que había vivido y las marcas que le habían dejado. Protestó contra el diván sintiéndolo como una imposición absurda y contra las llagas que aún no se le habían ido. Rápidamente quiso transformar lo que autointerpretó como un lapsus, cambiando el término llagas por el de ampollas. Al principio le molestó que le pidiera asociaciones con respecto al término llagas, pero luego se refirió a las llagas de Cristo, quien había tenido que soportar sobre sí los pecados cometidos por otros hombres. Volvió a referirse a su cuñado hasta introducir el problema del dolor por las prácticas usadas durante los interrogatorios. Describió cómo ataban sus muñecas y tobillos a una especie de camilla antes de someterlo a las sesiones de tortura. Con sorpresa reconoció que esas zonas de su cuerpo coincidían con los lugares en los que le había aparecido su problema de piel. De ese dolor se había hecho cargo su cuerpo. Poco a poco se empezó a hacer cargo él... aunque siguió atribuyendo la causa a su ex cuñado.

En determinado momento, un azaroso suceso cambió su perspectiva: un compañero de la oficina en la que trabajaba lo invitó al campo. Estando allí vio por primera vez cómo se marcaba el ganado... Al principio le interesó observar esta práctica, pero de pronto se sintió mal, vomitó y, asustado, regresó a su casa. Como no se encontraba nadie en ella y sus vómitos no se calmaban, decidió llamar a su clínico y a su dermatólogo. Como no encontró a ninguno de los dos, resolvió

pedirme una sesión extra, cosa totalmente inusual. Por supuesto lo recibí y desde ese momento "la marca sobre el ganado, sus causas y sus efectos" fue el hilo conductor que permitió un trabajo psíquico intenso, permitiendo desugar ciertas representaciones y crear y ligar otras. Las ampollas desaparecieron mientras se preguntaba: ¿cómo entender el tatuaje a medio hacer? ¿Como un don de amor? ¿Como el precio a pagar para poder pertenecer? ¿O como la marca del amo sobre el ganado? ¿Por qué él y otros fueron torturados? Aunque fuera por una buena razón, ¿tiene el gobierno derecho a torturar? Pero, ¿había habido buenas razones? Cuando él visitó a su padre, éste le pidió que no se quedara, aduciendo que su actual mujer era muy celosa y eso le traía problemas. Al final, su padre era un cobarde, incapaz de ayudarlo y de reconocerlo como hijo... ¿Por qué su cuñado, que siempre había sido tan cariñoso con él, se metió en líos alejándose de la familia? Así, junto con una nueva comprensión de la historia transubjetiva que le tocó vivir, emergió con claridad su historia pulsional y familiar y sus múltiples entrelazamientos.

Posteriormente, los azares de la clínica favorecieron el contacto con otros materiales en los que aparecía enlazada la cuestión del tatuaje o de otras prácticas en la piel. En primer lugar recuerdo dos consultas efectuadas con pocos días de diferencia; la primera paciente, a la que llamaré Ana, de 50 años, mujer hermosísima y elegante, consulta porque un monto de ansiedad enorme se desató en ella el día que su cirujano plástico, quien le había practicado varias cirugías, le informa sobre la imposibilidad de practicarle en las manos el *lifting* que ella deseaba. Sus manos denunciaban el paso del tiempo y esto la horrorizaba...

En el mismo mes, los padres de una adolescente de 16 años consultan sumamente angustiados por la depresión de ésta. Surgida, según lo que ella misma refiere, al escuchar que deberá esperar un tiempo largo hasta poder intentar borrar el tatuaje de una araña que se había hecho realizar en un pecho "porque sí". Deseo remarcar este "porque sí", ya que denuncia que desde el principio había sido abortado un verdadero trabajo psíquico. Desesperada, repetía en las entrevistas que "no toleraba esa marca fija, que deja la piel como el *lifting*, como una momia, como si el tiempo no pasara"... Dos modos diferentes de institución del tiempo privilegiando un mismo soporte: la piel.

Hace más de diez años, los padres de un adolescente consultan sumamente molestos y enojados -más que preocupados- por un pedido que en forma insistente les hace su hijo Andrés. Éste desea hacerse realizar un tatuaje que le cubra todo su cuerpo, menos la cabeza. Pedido insólito, según sus padres, en un joven serio, excelente alumno, solamente dedicado al estudio, "sin amigos de esos que hoy arruinan la mente de los jóvenes".

Cuando lo veo a Andrés, corroboro la impresión que la descripción de sus padres había dejado en mí: que era un adolescente a punto de

desmoronarse. Aislado, autosuficiente, protegiéndose así de una fragilidad llamativa, la que se transparentaba en su modo de caminar, en sus gestos y discurso. A pesar de dejar de lado, con sus padres, el problema del tatuaje e intentando acercarlos a la problemática emocional de su hijo, se hizo evidente que aceptaron la propuesta de tratamiento pensando solamente en que yo "le iba a sacar esa idea de la cabeza". Tomando en cuenta que para Andrés el tatuaje era el punto de sostén en lo real necesario para no desbarrancarse, le propuse análisis, cosa que el joven aceptó. Como su necesidad era tan compulsiva, sólo atiné a decirle que, como su imagen iba a cambiar tanto con el tipo de tatuaje que él quería, se diera un tiempo y se preparara para ese cambio.

Como el primer paciente del cual hablé, también Andrés se encerraba en un obstinado silencio, y sólo salía de él para hablar del estudio o del necesitado tatuaje. Pero, ¿necesitado para qué? Era la pregunta que él mismo no podía contestar. Hasta que apareció en su relato una única imagen de un sueño: la de una persona vestida de negro. No sabía si era hombre o mujer. Si era un traje o una túnica; no, más bien una especie de buzo. Sorprendido, recordó que cuando tenía 8 o 9 años, una tía que vivía en el exterior le había traído el deseado buzo negro, de goma. Como no tenía piletas "ni nada parecido", acostumbraba todas las tardes jugar un rato solo con el buzo puesto. Recordó con enorme rencor el día que su padre prácticamente se lo arrancó del cuerpo, aduciendo que así la piel no respiraba y que él buscaba volver a enfermarse como cuando era chico. Según Andrés, cuando días después les preguntó a sus padres dónde estaba el buzo, su padre le contestó que lo había roto a pedazos. Desde ese momento, un tema casi excluyente de cualquier otro fue el de la violencia de su padre, su falta de tacto, la brusquedad de sus gestos y el odio que esto le despertaba a él. Pero en determinado momento surgió una pregunta como enigma: ¿a qué se había referido su padre al hablar de la enfermedad que había tenido de chico? Según le relataron sus padres, a un eczema atópico que había tenido en los brazos y las mejillas hasta los 2 años. (En ese momento recordé, mientras el paciente relataba esto, una clase dada por el doctor Pichon Rivière muchos años atrás, en la que nos pedía que no olvidáramos que en esos trastornos de piel, junto a una madre que no tocaba casi al infante por temor a que brotara su reprimida hostilidad —como señaló Spitz—, existía un padre autoritario y rechazante.) Andrés recordó con suma angustia la actitud que había asumido su padre cuando su pediatra le descubrió un testículo en ascensor aproximadamente a la edad de 7 u 8 años. (Poco tiempo antes de que surgiera en él el deseo intenso de tener un buzo.) Descubría su cuerpo bruscamente, estuviera quien estuviera presente, para ver qué pasaba con su testículo. Recordaba con horror el desamparo al que lo exponía verse desnudo en medio de otras personas y con su cuerpo significado para él y por él como

defectuoso. Entendimos entonces con Andrés que el tatuaje que deseaba hacerse constituía un complejo de "vestido-tatuaje". Una especie de "segunda piel" que su padre no iba a poder desgarrar, como su buzo y su mente. El problema del tatuaje se diluyó con el tiempo, y, en cambio, el de los avatares de su iniciación sexual ocupó el centro de la escena. ¿Cómo animarse a mostrar su cuerpo desnudo a una mujer...? (Anzieu, 1984).

Pero también pude recoger en la clínica otras observaciones: la de personas que exhibían sus tatuajes como emblemas de grupos musicales o deportivos, orgullosos de su pertenencia grupal. O jóvenes que ocultaban en sus nalgas la inscripción del nombre del grupo antisocial al que pertenecían. O jóvenes y niños que a través del tatuaje buscaban ser reconocidos: como joven frente a otros jóvenes o como mujer frente a otras mujeres o como niño frente a otros niños, para ser alguien en vez de nadie...

O pacientes que buscaban, a través de un tatuaje personal, ser reconocidos en su alteridad, constituyendo éste un símbolo de resistencia a la homogeneización que circula en nuestra sociedad.

Estas observaciones me llevaron a formularme nuevas preguntas que deseo dejar abiertas. ¿Cuándo se trata del tatuaje de un sujeto y cuándo de un objeto? ¿Cuándo el tatuaje es tatuaje del cuerpo —de la cara interna de la piel, por así decirlo— y cuándo es tatuaje de una imagen del cuerpo —de su cara externa—?

Pero también tuve la posibilidad de seguir un doloroso proceso de análisis: el de una joven de 16 años a quien cloroformaron para practicarle tatuajes en todo su cuerpo, desde las axilas hasta la ingle. ¿Cómo ocurrió esto? La paciente, a la que llamaré Dora, se dirigía un día de fin de semana al cine con unas amigas. Al cruzar una avenida ancha sus amigas se adelantaron y ella se quedó atrás esperando que cambiara la luz del semáforo. Cuando sus amigas se detuvieron esperando que ella cruzara, al darse vuelta advirtieron que Dora había desaparecido, como si se hubiera esfumado. Muy preocupadas, la buscaron durante horas y, como no aparecía, decidieron avisar a sus padres. Unas once horas más tarde les hicieron saber, en su casa, que en un largo pasillo de una casa de departamentos se encontraba una jovencita que parecía drogada y que estaba inconsciente, encontrándose en su cartera una tarjeta con su nombre y teléfono. Sus padres la fueron a buscar y la llevaron inmediatamente a una clínica. Los médicos que la asistieron determinaron que Dora no estaba drogada sino cloroformada. Al revisarla, comprobaron con asombro que su piel había sido tatuada. El diseño de sus tatuajes no presentaba ningún indicio que hiciera pensar en un mensaje violento. Se componía de líneas curvas armónicamente distribuidas en la parte anterior y posterior de su cuerpo. El examen ginecológico determinó que no había sido violada genitalmente. Se trataba de otro tipo de violación irrepresentable. A las pocas horas de estar internada, sus padres me

llamaron, y muchas preguntas surgieron cuando pudieron empezar a salir de su estupor. ¿Qué le había sucedido? ¿Quién había profanado así el cuerpo de su hija? ¿Habría algo en la vida de su hija que ellos no habían advertido, como por ejemplo adhesión a alguna secta? Llevó un tiempo que pudieran aceptar como hipótesis que quizá su hija había sido víctima de un acto vandálico -¿una apuesta entre tatuadores?- totalmente gratuito, donde la banalidad del mal se mostraba con todo su vigor (Arendt, 1968).

La jovencita tardó varias horas en recuperar su conciencia, pero cuando esto ocurrió, el ardor y el dolor en su cuerpo ocupó todo el plano de su conciencia. Desconsolados, sus padres me y se preguntaban cómo decirle a Dora lo que le había sucedido; cómo explicarle un hecho inexplicable del cual no tenía noción. No entendía ni por qué estaba internada ni por qué le dolía y quemaba su cuerpo. No recordaba absolutamente nada de lo que le había sucedido. No fue fácil para sus padres transmitirle con palabras lo sucedido, así como reconocer que no se sabía quiénes le habían impuesto esas marcas ni por qué había sido su cuerpo objeto de ese daño y expropiación.

La primera semana que la entrevisté, estando ella internada, sólo le expliqué quién era yo y le dije que estaba allí por pedido de sus padres. Le señalé que podía retirarme si mi presencia la incomodaba, sobre todo porque mi mayor temor consistía en el daño que podía causarle -justamente por lo que había sucedido- una presencia intrusiva. Sin mirarme, pero con un gesto, me hizo saber que necesitaba que estuviera cerca de ella.

En una de las entrevistas observé, al saludarla, que Dora me apretaba con más fuerza la mano y que tendía a retenerla en la suya. Estuvimos un largo rato tomadas de la mano. De pronto empezó a mirar con desesperación la ventana del cuarto, como queriéndome comunicar algo. Le señalé el sentimiento de terror que parecía sentir al mirar a la ventana y el pedido de ayuda implícito en el modo de tomarme la mano. Una catarata de palabras entrecortadas por el llanto siguió a mi intervención. Dora había sentido impulsos de tirarse por la ventana. Odiaba ese cuerpo que sentía ajeno. Deseaba matar en su cuerpo a aquellos que la habían dañado.

Pudimos entonces hablar de su confusión: confundía su cuerpo con los rostros sin rostro de los que le habían impuesto marcas que ella no deseaba. No toleraba esperar el tiempo (unos dos años) en que los médicos pensaban que se podría intentar borrarle los tatuajes.

Dora comienza a contarme que la despiertan pesadillas cuyo contenido no recuerda. Pero en determinado momento retiene una imagen que la aterroriza a pesar de no representar, según ella, nada atemorizante. Aparece en su sueño una especie de "lengua de fuego", como "una línea curva rosada". Mientras yo pienso que surge como un fragmento del hecho traumático, Dora asocia ese terror con el que sintió al ver en el cine dos películas: *Alien* y, luego, otra película en

la que uno de los personajes era un robot marciano que venía a destruir la Tierra. Empezan así a aparecer personajes que le permiten a Dora una cierta representación de los que la habían violado, pudiendo diferenciar su cuerpo del rostro -sin rostro- de ellos. Esta diferenciación al principio muy débil, sin embargo, la ayuda a apaciguar sus deseos suicidas-homicidas. Cuando vuelve a su casa le da temor y vergüenza salir. No obstante, la contención de sus padres y la afectuosa red de amigos que la rodean le permiten ir superando etapas. Sus amigas le hacen notar que si va vestida nadie le verá los tatuajes. En una oportunidad se anima a mostrarle a una de sus amigas uno de sus tatuajes, y ésta le dice que es horrible lo que le hicieron pero que los tatuajes, en sí mismos, no son nada feos. Después de meses, es la primera vez que sus padres la oyen reír. En sesión deja de ser el único tema... No podría predecir si este acto vandálico podrá ser elaborado como un hecho traumático o si creará un nuevo origenario. Tampoco si podrá dejar de ser vivido como una catástrofe para transformarse en acontecimiento.

Como pago para ser reconocido; como pago para poder pertenecer; como posible don de amor; como marca de ganado; como modo de contención de una fragmentación temida; como vesícula de la cual no se lo puede desposeer; para mostrarse con una piel elegida frente a una mujer; como lugar de inscripción de algo que no se inscribió en otro lado; como marca identificatoria para ser reconocido (como adolescente frente a otros adolescentes, o como mujer, o como alguien en vez de nadie); como marcas de amos que significan al otro como perteneciente a sus propiedades, al leer su propia firma en la carne del otro; como firma en la propia carne de pactos antisociales, o como signo individual de alienación; o como signo personal de apropiación y/o como arte desplegando su potencial creativo en el cuerpo: éstas fueron algunas de las significaciones que he podido visualizar y para cuya comprensión me fue absolutamente necesario revisar el contexto sociopolítico actual y las vicisitudes en los problemas de pertenencia que éste trae aparejado.

Permítanme, por último, contarles una pequeña anécdota: el mismo día que fui a retirar las fotocopias de esta presentación, la joven que me atendió, al recoger un papel del piso, hizo un movimiento que me permitió observar que tenía en su espalda un pequeño tatuaje. Su diseño me llamó la atención: se trataba de un código de barras, como el que se adosa a las mercaderías...

#### Resumen

En esta comunicación se define a los tatuajes como escrituras, en sentido derrideano, o inscripciones que tienen como soporte el cuerpo y que a diferen-

cia de las señales (pinturas, vestimentas, peinados) poseen un carácter difícilmente reversible.

Después de plantear algunas hipótesis sobre la cuestión de la extensión y dispersión de los tatuajes en la cultura actual, se introduce la idea de que todo tatuaje es un enigma o enmascara un enigma, requiriendo un trabajo interpretativo.

La inclusión de difentes materiales clínicos, en los que el fenómeno del tatuaje intervino de una u otra manera -como deseo de hacerse un tatuaje o concretamente como deseo realizado o como inscripción impuesta- permite observar el significado singular que adquirió en cada sujeto.

DESCRIPTORES: PIEL / TIEMPO / VIOLENCIA / MATERIAL CLÍNICO

#### Summary

#### TATTOOS AS MARKS Breaking Social Ties and How they Affect the Shaping of Social and Individual Subjectivity

Tattoos are defined in this paper as writing or inscribing in the Derridean sense, their support being the body, and their nature, unlike signs such as paintings, clothing and hairstyles, being hardly reversible.

The author poses several hypothesis dealing with the extension and dispersing of tattoos in present-day culture, and introduces the idea that every tattoo is an enigma or mask that calls for the work of interpretation.

By including the various clinical cases dealing with the issue of tattoos from different angles -as a wish to have one done or as a realized wish, or as an imposed inscribing-, the author analyses the unique meaning tattoos acquire in each of these subjects.

#### Bibliografía

- Anzieu, D. (1974): "Emboitements". *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, n° 9.  
 -(1984): "La peau de l'autre marque du destin". *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, n° 30.  
 -(1994): *El yo-piel*. Biblioteca Nueva, Madrid.  
 Arendt, H. (1981): *Los orígenes del totalitarismo*. Alianza Universidad, Madrid.  
 -(1953): *De la historia a la acción*. Paidós, Barcelona, 1995.  
 -(1958): *La condición humana*. Paidós, Buenos Aires, 1993.  
 -(1968): *Entre el pasado y el futuro*. Península, Barcelona, 1996.  
 Bick, E. (1968): "L'expérience de la peau dans les relations précoces". En Meltzer y col.: "Explorations dans le monde de l'autisme". Payot, Paris, 1975.  
 Carlucci, S. y Ursini, G. (1985): *L'asino e la zebra*. Roma, De luca.  
 Corea, C. (1996): *Comunicación personal*. Buenos Aires.

- Debray, R. (1996): *El arcaísmo post-moderno*. Manantial, Buenos Aires.  
 Figoli, H. (1996): *Comunicación personal*. Rosario, Santa Fe.  
 Lévi-Strauss, C. (1995): *Tristes trópicos*. Paidós, Barcelona.  
 Lewkowicz, I. (1996): *Comunicación personal*.  
 Puget, Y. y cols. (1996): "Sexualidad de masas y sexualidad singular". Trabajo para ser presentado en el Congreso Internacional de Psicoanálisis en Barcelona, en julio de 1997.  
 Pynchon, T. (1990): *Vineland*. Tusquets, Barcelona, 1992.  
 Ruscone, L. (1996): *Tattoo*. Gruppo Ugo Mursia, Milán.  
 Sánchez, J. (1995): "Inauguración de la exposición de Portillo". Revista *La Maga*, Buenos Aires.  
 Serres, M. (1995): *Atlas*. Cátedra, Madrid.  
 Viñar, M. (1996): "Infancia y adolescencia en la actualidad: un proyecto de malestar futuro". Presentado en el Congreso Latinoamericano realizado en San Pablo.  
 Virilio, P. (1996): *El arte del motor*. Manantial, Buenos Aires.  
 Wroblewski, C. (1993): *The Art of Tattoo*. Virginia, Londres.